

COMO SI TU NO FUESES

¡Y ni siquiera verte me conmueve!

A ti, mujer, cuyo recuerdo era
para mi ser incendio, nunca nieve;
la mayor ansiedad que conociera.

Por quien las horas se me hacían siglos,
si alejado de ti me consumía;
por la que anduve, sin pesar, caminos
para estar a tu lado sólo un día.

A ti, mujer, por cuyo amor sentía
sed insaciable, sorprendente gozo,
anhelo de tenerte sólo mía
y divino recreo de mis ojos.

Sin reproches ni enojos, estuvimos
años enteros sin gozar presencia,
conscientes de la dicha que perdimos
en la lenta agonía de la ausencia.

Y al ver ahora que a mi lado pasas,
como si tú no fueses te contemplo:
Sin sentir inquietudes en el alma
ni comprender el fuego de aquel tiempo.

¡Adiós Mozas, Adiós!

A mi llegada, la vida tranquila del pueblo serrano de Hoyos,— villa, para decirlo con toda exactitud—había perdido su ritmo normal. En aquel atardecer sosegado en que el sol iluminaba débilmente el soberbio paisaje de naranjos, olivos, pinares y castaños que ciñe y contornea el caserío, las campanas, repicando, anunciaban fiestas inmediatas y su vibrar era punteado por el ruidoso estallar de los cohetes, pródigamente lanzados al espacio.

En las calles del pueblo, el dulce son de la gaita y del tamboril revolvían en mi interior recuerdos de tiempos pasados. La juventud siempre alegre, ya en plan de fiesta, daba con sus voces y risas, alegría, vida y belleza a todo el conjunto.

Saludos cordiales; abrazos efusivos de viejos amigos tras la ausencia prolongada; presentaciones de niños de ayer, hoy ya hombres; noticias, comentarios y recuerdos de los que ya nos dejaron; absorbieron totalmente las últimas horas de aquella tarde.

Al día siguiente, cuando la mañana presentaba con su frescura la primera claridad, me despertó—¡dulce y poético despertar!—el tamborilero que, con su gaita y tamboril, interpretando una vieja alborada, recorría las calles. Se alejó con su música y cuando aún percibía yo lejanamente las notas de su gaita, llegó hasta mí el ruido del agua de una fuente; de una fuente inmediata; de una fuente en el interior de la casa; de una fuente, en fin, civilizada. Y perdónenme la expresión.

Recordé entonces que una de las mejoras habidas últimamente, mejora muy celebrada por mis paisanos, era ésta de la traída de aguas que, unida a otras, enorgullecían justificadamente a todos los habitantes del pueblo.

No podía rechazar todas las ventajas de esta obra, pero sí podía lamentar que ella hubiese hecho desaparecer la alegría y el tipismo de indudable valor artístico, de las mozas en las fuentes que, siempre generosas y abundantes de finas aguas, existieron en el pueblo.

Mozas de belleza serrana con vivos colores en las mejillas, que con sus decires y sus risas, formando animados grupos en torno a las fuentes, eran recreo de nuestros ojos y alegría de nuestros oídos. Mozas que, —ataviadas con los bellos pañuelos de cien colores y llevando en la cabeza, en alarde de difícil equilibrio, un cántaro de agua y otro a la cintura, sin perder sus risas, ni descomponer la garbada figura de su cuerpo—parecían pedir que el pincel de Eugenio Hermoso se inmortalizara de nuevo con la gracia y alegría de su